PONENCIA PARA LAS JORNADAS DE "Córdoba, 50 años con el flamenco"

Mesa redonda, día 9 de Noviembre de 2007 – 16 horas

Mi primer contacto con los concursos de Córdoba fue poco tiempo después de celebrarse el primero de ellos, en mayo de 1956, cuando Fosforito llegó a Jerez, al frente de un espectáculo, después de haber ganado todos los primeros premios, más el de honor; lo que le supuso una estimable cantidad económica por un total de 28 mil pesetas de la época. Como periodista y como aficionado, quise conocer personalmente al admirado artista que había sabido ganar con tanta sabiduría flamenca aquellos primeros premios de los cuatro grupos de cante, en que se dividía el certamen, al que yo entonces no asistí, ni fui invitado, como lo sería en varias ediciones, años después.

Así es que aquella tarde, antes de que Fosforito actuara en el Teatro Villamarta de Jerez, ya estaba yo sentado con él, tomando café en la terraza de un bar de la calle Larga jerezana. De aquella tarde, guardo todavía una fotografía que Antonio tuvo la gentileza de dedicarme y, lo que es más importante para mí, su amistad, que ha prevalecido, desde entonces al momento presente, durante estos cincuenta años. Amistad que se ha ido acrecentando con el tiempo, siendo ya indestructible, de tal forma que, llegado el momento, Antonio Fernández Díaz sería propuesto por mi para su ingreso como miembro de número de nuestra Cátedra de Flamencología, pronunciando su correspondiente discurso de ingreso, ilustrado con su cante y, más tarde, designado Director Honorario de la institución que me honro en presidir.

Después de eso, Fosforito ha ido varias veces a cantar a Jerez, invitado por la Cátedra, y volverá a hacerlo, en el año próximo, cuando nosotros también celebremos el cincuentenario de la fundación de la cátedra jerezana de Flamencología. Adhiriéndome yo, personalmente, y nuestra Cátedra, a todos los homenajes que se le han rendido en estos diez lustros y, alegrándonos sobremanera, muy especialmente, cuando se le entregó en Sevilla el Premio de la Consejería de Cultura, que lleva el nombre de la inmortal cantaora Pastora Pavón "Niña de los Peines". Acto en el que estuvimos presente. No pudiendo estarlo cuando recibió muy merecidamente la Llave de Oro del Cante, tan justamente conquistada a base de mantenerse, siempre y en todo momento, en la más ortodoxa línea de ejecución del verdadero y genuino cante jondo, sin concesiones de ninguna clase a la moderna galería.

También tuve ocasión, en varias ocasiones, de intervenir con mi charla en algún que otro homenaje al maestro, como el que recibiera, no hace

muchos años, en Dos Hermanas por parte de la peña "Juan Talega", en que él estuvo presente. Al mismo tiempo, hemos coincidido en varias ocasiones de gran importancia para nuestro arte flamenco.

Luego conocería al gran poeta Ricardo Molina, pontanés como Fósforo, creador y alma y vida de los concursos cordobeses, hasta su muerte, a cuyo entierro no pude venir personalmente por encontrarme enfermo, siendo representada la Cátedra de Flamencología, a la que también perteneció el inolvidable Ricardo, por nuestro compañero, el poeta Antonio Murciano.

Ricardo Molina, al igual que Antonio, fue para mí como un hermano, preocupándose cada año de que se me invitara a cada edición de los concursos, estando presente en algunos de ellos como jurado, además de figurar en los programas como invitado de honor. Así figuré, por ejemplo, el año 1965, en la cuarta edición, y en otras ediciones posteriores.

Recuerdo que seria el propio Ricardo Molina quien, de su puño y letra, me hiciera la historia de los primeros concursos, los de 1956 y de 1959, celebrado este en tres etapas: 1957, Baja Andalucía; 1958, Alta Andalucía y 1959, resto de España y pruebas con los finalistas de las tres etapas.

El primer concurso, el del 56, me lo describía así, el recordado Ricardo Molina: "Se desarrolló en la primera quincena de mayo, en dos pruebas que duraron cerca de veinte días, porque concurrieron 120 cantaores no profesionales, pues el concurso era solo para aficionados. El Jurado componíanlo Anselmo González Climent, Aurelio Sellé, José Muñoz Molleda y Ricardo Molina, bajo la presidencia del teniente de alcalde don Francisco Salinas Casana.

Las pruebas selectivas y las finales transcurrieron en sesiones privadas en el Círculo de la Amistad y en la emisora local E.A.J 24. Los grupos de cantes, cada grupo con tres premios, fueron:

1°) Siguiriyas, martinetes, saetas.
2°) Soleás, polos, cañas, serranas.
3°) Malagueñas y fandangos de Lucena
4°) Tonás, deblas, temporeras.

El Premio de Honor, para el primer grupo. Fosforito fue el primer premio en cada grupo de cante. El premio máximo: 10.000 pts. Y el mínimo 1.500 pts.

Aparte de Fosforito, resultaron con premios: Gaspar de Utrera y Antonio Peña, para el primer grupo; José Salazar y José María Martín (de Paymogo) para el 2°; José Beltrán y José Salazar, para el 3°; un premio especial de Fandangos de Lucena, para Julián de Cabra.

Al público se le ofreció un acto en el Gran Teatro, donde actuaron los premiados tan solo. Fue un éxito en todos los sentidos. Al mismo tiempo y combinados con grupos de baile y guitarras, los premiados actuaron cuatro o cinco noches en los patios más destacados en nuestro concurso, que tiene lugar por esas fechas.

Referente al 2° concurso, que ya no se llamó de Cante Jondo, como el primero, sino de Cante Jondo y Cante Flamenco, desarrollado en tres etapas, me refería Ricardo que el Jurado fue el mismo y los locales donde se desarrolló, en su etapa final de 1959, también los mismos. Pero varió el programa que incluyó, como Cantes Jondos, las siguiriyas, soleás, tonás, malagueñas, serranas, polos y cañas y, como Cantes Flamencos: Bulerías, granaínas, fandangos locales (de Huelva, Almería, etc.), alegrías, mirabrás, romeras y tangos tientos.

En 1959 participaron los concursantes de fuera de Andalucía y los finalistas de las tres etapas.

El Premio de Honor, en esta ocasión, sería para Juan Talega, que ganó el 1° de siguiriyas, tonás y soleás – Ricardo nunca decía soleares, como plural de soleá, sino soleás -; doblándose el primer premio de bulerías, que se otorgó a la Fernanda y La Bernarda, de Utrera; así como el 2° de soleás, también para ambas hermanas, que quedaron ya consagradas para siempre, como geniales cantaoras, pues a partir de aquí es cuando serían totalmente conocidas y reconocidas por la afición en general.

El 2° premio de bulerías se le concedió a La Perla de Cádiz y a María Vargas; el 1° de alegrías, para La Perla y el 2°, para Jurado Regalón (Niño de la Magdalena).

El 1° de malagueñas, fue para Gambero (de Málaga); el 1° de granaínas, para José Belltrán; el 1° de polos, para Pedro Lavado; el 1° de fandangos locales: Ranchal; 1° de romereas, Juanito Montoyay 2° de malagueñas, para Jesús Heredia.

Terminaba diciéndome Ricardo que mi paisano, Sernita de Jerez, quedó como finalista en el año 1957, pero no concurrió a las pruebas finales de 1959, por hallarse en el extranjero, según les dijeron.

Ricardo Molina, que desarrolló durante años, hasta su muerte, una prolongada correspondencia epistolar conmigo, me tuvo siempre completamente informado de todos los concursos cordobeses, y guardo todavía una breve reseña que del primer certamen hizo, en junio del mismo año, en el número 44 de la revista poética malagueña "Caracola", su amigo el poeta Pablo García Baena, compañero del grupo "Cántico", y en el que, entre otras cosas, decía refiriéndose a su máximo ganador, el joven maestro Fosforito:

"Y un llanto antiguo y hondo, como de agua lagrimeante abriéndose paso entre las rocas, surgió de la garganta de Antonio Fernández "Fosforito", el cantaor premiado… Si volvemos al viejo tema lorquiano de la musa, el ángel y el duende, la voz de Fosforito, pelea broncamente – como Jacob – con el ángel del frío, esquiva con gracia el plegado armonioso de la musa y se entrega tronchada, balbuciente, enfebrecida, al deseo negro del duende. Ni la pena, ni el llanto, ni la pasión, ni la muerte tienen un grito, un quejido, un suspiro, que no se encuentren

dispersos o en equilibrio en el cante de Antonio. Voz del silencio. Y él, como un "espada", plantado ante el oscuro ímpetu mugiente del toro, manda y dirige envolviéndose en la roja capa lagartijera de las soleares, clava las finas banderillas de ayes de la caña, hunde el envenenado estoque lunar de la seguiriya".

Estas últimas palabras, me fueron subrayadas a tinta por Ricardo, de quien el cronista decía seguidamente.

"El concurso de Córdoba, pensado y dirigido por el gran poeta Ricardo Molina, viene a dar la razón a González Climent que, escribe en su "Flamencología", cómo son los intelectuales los que velan por la "ilación pura del folklore, sobre todo en épocas de crisis para la inventiva popular. Así fue el de Granada, bajo los grandes nombres de Falla, García Lorca, Zuloaga, Andrés Segovia, Antonia Mercé".

Y si repasamos la colección de artículos que Ricardo Molina escribió en el diario "Córdoba", antes de celebrarse el primer concurso, allá por el mes de diciembre de 1955, podemos leer en su sección titulada "Grandeza y decadencia del Cante Jondo", entre otras cosas, lo siguiente:

"Muchos aficionados cordobeses hemos hablado con frecuencia de la posibilidad de organizar un Concurso de Cante Jondo en nuestra ciudad, tomando como pauta, y aún como modelo, el organizado el año 1922 por Falla en Granada. Personalmente pienso que incluso deberían repetirse las bases de aquél con ciertas modificaciones, como la inclusión de la malagueña en el programa y otras derivadas de las circunstancias actuales."

El poeta pontanés consideraba que ***"el Cante Jondo es patrimonio musical común de Andalucía"*** y que, reconociendo la trascendencia universal del mismo, debía ser rescatado de lo que él consideraba ***"la esclavitud cupletera y fandangueril"*** que atravesaba. Añadiendo que había ***"que proclamar la grandeza artística y filosófica del cante, frente a la mezquina situación en que vejeta. Hay que buscar o inventar remedios*** – decía – ***para atajar la crisis que padece"..."Si las autoridades municipales y provinciales hacen suya la idea, esta se convertirá en un hecho inminente;: la celebración en Córdoba, esta primavera de un Concurso Nacional de Cante Jondo".***

Como se ve, este artículo de Molina, en el diario "Córdoba" venía a ser todo un manifiesto y una proclama de propósitos acerca de cual habría de ser la filosofía del concurso que, por otra parte, aspiraba a que Córdoba fuera algo así como la campana que removiera las conciencias de los aficionados y los artistas, en contra de la entonces imperante Opera Flamenca, ***"cuya principal razón de ser*** – **decía** – ***es la ignorancia del auditorio. Los Concursos de Cante Jondo pueden equivaler a una rectificación profunda del cante y del gusto del público en general".***

Su artículo-manifiesto lo terminaba Ricardo Molina, con estas palabras: ***"Lanzada la idea y llevada por los vientos, esperamos que caiga en terreno propicio y allí dé sus frutos".***

Pero hemos de decir que el poeta no pensaba entonces en una continuidad anual de los concursos cordobeses, sino más bien en uno solo, en el primero, si nos detenemos en lo que, en ese mismo artículo decía, en otros de sus párrafos:

"Se trata de salvar del total naufragio el común tesoro de Cante grande, que pone no ya a Andalucía, sino a España, en la cumbre del folklore europeo. Ocho concursos de Cante Jondo celebrados en años sucesivos en cada capital andaluza, serían remedio seguro de indudable eficacia".

El poeta Ricardo Molina contaba entonces 38 años de edad y era un hombre lleno de vitalidad, de entusiasmo y de buenos propósitos, que creía que las demás capitales andaluzas estarían por la misma labor y seguirían el ejemplo que les brindara Córdoba. Y que, con un concurso en cada una de dichas capitales, el cante jondo ya estaría salvado para siempre. Pero no fue así y sería Córdoba quien asumiera, con todas sus consecuencias, el destino de cuantos concursos pudieran venir en años posteriores. Por eso, el segundo se dividió en tres etapas: primera y segunda, en los años 1957 y 58 y la tercera y gran final, en 1959.

Este año 1959 sería el primero en que yo vine a Córdoba, como invitado a su II Concurso Nacional, en el que recuerdo que la prensa destacó como lo más sensacional del mismo la participación de una norteamericana, llamada Elaine-Adelaide, joven, guapa, alta y rubia, la que por desgracia para ella, no tuvo nada que hacer frente a aquellos monstruos del cante femenino que fueron La Fernanda, La Bernarda y La Pepa de Utrera; La Perla y Mariquita Vargas, puestas todas de acuerdo para arrasar con sus cantes, llevándose los mejores premios; sin olvidar al viejo león de Alcalá, el recordado gran maestro Juan Talega.

En el año 1961, el Ayuntamiento cordobés me invita al Homenaje a la Niña de los Peines, celebrado en el hermoso patio del Palacio de la Merced y Ricardo Molina me pide que colabore con un poema, al igual que otros poetas a los que se lo había solicitado. Escribiendo yo un soneto que le gustó mucho e hizo que leyera en dicho acto, publicándose luego en periódicos y revistas. Creo que este sería el primer año en que fui invitado a venir a los concursos cordobeses y ya no dejaría de hacerlo, mientras Ricardo vivió; actuando en más de uno como miembro del Jurado, en las largas sesiones del Círculo de la Amistad y recuerdo que varios años mi nombre figuró, además, en la relación de ***invitados de honor*** que figuraba en los correspondientes programas de mano, entre Pulpón y Fernando Quiñones, ya que la relación era por riguroso orden alfabético.

Coincidiendo con la edición del año 1962, parece que Jerez – y cuando digo Jerez, me refiero a su Ayuntamiento - se sintió celosa de que Córdoba pudiera hacer un gran concurso que, pensaba, le correspondía a ella celebrar; si quería seguir conservando el estatus que ostentaba de cuna del cante jondo; y ya que las siete restante capitales andaluzas no habían querido seguir el camino marcado por Ricardo Molina; aceptó el desafío lanzado por Córdoba; y, de la noche a la mañana, convocó de improviso, con polémico acierto y haciéndolo coincidir poco elegantemente en las mismas fechas, el que pomposamente denominó Primer Festival – Concurso de Arte Flamenco, con 30 trofeos y más de 300.000 pesetas en premios; con lo que quería superar la convocatoria cordobesa. El festival-concurso de Jerez tendría lugar los días 8 al 10 de mayo de 1962 y, a renglón seguido, se celebraría el de Córdoba, entre el 15 y el 21 del mismo mes.

Ese fue el año en que se le dio la Llave de Oro a Antonio Mairena. Recuerdo que el concurso se celebró al aire libre, en la plaza de la Corredera, si mal no recuerdo; estando esa noche todo el público a favor de Platerito de Alcalá y no cayendo nada bien a los asistentes que la Llave – ya consensuada, y parece que previamente apalabrada -, se le otorgara al maestro Antonio Mairena que, a mi juicio, en contra de todas las sospechas de enjuagues habidos y por haber, de los que yo no puedo dar testimonio alguno, cantó magistralmente, como de su gran sabiduría flamenca era de esperar, puesto que se veía que se había preparado perfectamente y a conciencia, para demostrar su magisterio; pudiendo afirmar que Mairena – repito que a mi criterio personal - ganó el aurífero trofeo en buena lid. O sea, que si la cosa no hubiera estado de antemano arreglada, como se dijo posteriormente, la Llave de Oro del cante la hubiera ganado igualmente.

La entrega tuvo por marco el precioso escenario de los jardines del Alcázar de los Reyes Cristianos y, aquella tarde, Antonio y yo, que parábamos en el mismo hotel, el Simón, estuvimos tomando café en una cafetería que había enfrente del mismo. Ya en la noche, mientras llegaba el momento de recibir la Llave, que sería en el descanso del espectáculo de Antonio, recuerdo que estuve todo el tiempo acompañando al maestro y estuvimos tomando unas copas en un chiringuito de los jardines junto con el bailaor Vicente Escudero, invitado de honor, como yo, al certamen. En un momento dado, Mairena me dijo que no le gustaba el vino que estábamos tomando y que necesitaba uno mejor, antes de salir a cantar, cuando recibiera el premio. Yo le recordé entonces que, en el bar donde habíamos estado unas horas antes, tomando café, yo había observado que tenían varias botellas de vino de Jerez en las estanterías y, entonces, nos desplazamos rápidamente los dos, en un taxi, hasta dicho bar que ya estaba cerrando sus puertas y compró una botella para llevársela a los camerinos del Alcázar. Allí estuve yo hablando con el bailarín Antonio, al que

conocía de años antes, de otras actuaciones en Jerez y en Cádiz y de una comida que tuvimos, aquí en Córdoba, con el periodista Tico Medina, Recuerdo que Antonio cada vez que terminaba un baile, hacía mutis totalmente empapado en sudor y, entre bastidores, le arropaban no se si con una manta o una gran toalla de baño. Allí me confesó el bailarín que, cada vez que actuaba, perdía tres kilos de peso, que luego tenía que recuperar.

Estas son tan solo dos anécdotas de una noche muy importante para la historia de los concursos cordobeses, pero que forman parte de mis recuerdos de dicha efemérides, vivida intensamente por mí. Después, me parece recordar que nos fuimos a cenar a La Judería, creo que al mesón de Los Califas o al Museo Taurino, donde me pasé toda la noche junto al maestro Aurelio de Cádiz, viejo y querido amigo mío, desde que lo entrevisté para el "Dígame", cuando le hicieron en su tierra el gran homenaje que presentó José María Pemán.

Tengo otros muchos recuerdos inolvidables de las veces que vine a Córdoba, algunas acompañados por mi mujer, y realmente siempre lo pasamos muy bien, siendo estupendamente atendidos en todo momento por Ricardo Molina, las autoridades municipales y demás organizadores de los eventos; participando varias veces en ellos como jurado, junto a otros destacados flamencólogos y con la maestra Pilar López, que nunca faltaba, y con los que compartí encantadoras visitas a lugares como Medina Azahara, la Mezquita, y hasta un ***perol*** en una finca de la sierra, a donde nos llevaron en varios autobuses, y donde tuve la suerte que me tocara junto a mi querido amigo Chano Lobato, pasándolo realmente bomba, todo el viaje; con sus gracias, sus chistes y sus repentinas ocurrencias; en aquella magnifica jornada de campo.

Otros muchos recuerdos de los concursos cordobeses afloran a mi memoria, como la de veces que animé a artistas amigos y paisanos para que concursaran, con mayor o menor fortuna; y aquellos inigualables grupos festeros que Ricardo me pedía que trajera, para que animaran el certamen, con la emblemática Tia Juana la del Pipa, a la cabeza, Tío Parrilla, La Torrán y otros muchos que, como bien observó una vez Ricardo, siempre iban por la calle juntos, como una auténtica caravana calé, para no perderse. Pero no deseo hacerme pesado, ni mucho menos pasarme del tiempo que me ha sido fijado para mi intervención.

Solo quiero terminar, refiriéndome al extenso reportaje de una página completa que publiqué en el semanario "Dígame", el 8 de mayo de 1962, bajo el título de "Jerez y Córdoba reivindican el Flamenco", ilustrado con una foto de la Judería y otras de Jerez, en el que decía que Jerez y Córdoba estaban hermanadas en una misma y común causa reivindicativa: el resurgir espléndido del cante y del baile flamenco.

"***Hay que ir a Jerez*** – decía – ***del 8 al 10, a su primer Festival Concurso de Arte Flamenco. Y luego a Córdoba, a ver quien se lleva la legendaria***

Llave de Oro del Cante. Serán dos competiciones verdaderamente inolvidables".

El resultado de Córdoba ya todos lo sabemos: Antonio Mairena recibiría la tercera Llave de Oro del Cante, más cien mil pesetas en efectivo; y el cantaor "Jarrito" se alzaría, en Jerez, con el polémico primer premio, previamente amañado y descaradamente robado a Terremoto de Jerez, que cantó infinitamente mejor que el de San Roque; hasta el punto de que el Gobernador Civil, presente en la sala, temiéndose lo peor, prohibió que se diera a conocer, esa misma noche, el fallo del jurado, presidido por José Carlos de Luna, y en el que también estuvo, formando parte del mismo, igual que en Córdoba, Anselmo González Climent.

¿Hubo tongo en ambos concursos?

En Córdoba, ustedes lo sabréis mejor que yo. Pero, en Jerez, por lo menos, sí puedo afirmar que hubo tongo, porque fui testigo de excepción, junto con el poeta y flamencólogo Manuel Ríos Ruiz; y, ante un ineficaz jurado que se había pasado el día bebiendo en las bodegas, nos brindamos voluntariamente a salvar el concurso del naufragio de la final, amañada para Jarrito; y así lo denunciamos en la prensa, en aquél momento; lo que, a mi personalmente, me granjeó el disgusto de que mi alcalde, con el que me llevaba muy bien, se enfadara inevitablemente conmigo. Y ese disgusto, por proclamar la verdad públicamente, duraría bastante tiempo. Gajes del oficio y de mi condición de honesto aficionado.

Gracias a todos por su paciencia.